

Alejandro
Mesa
Nicholls

—
▲ 1920 ▲




11393 Ben 14

Copier

BOGOTÁ

Imprenta y litografía de Juan Casle



*República de Colombia.—Cámara de Representantes.
Secretaría.—Número 476. — Bogotá 16, de agosto de 1920.*

Señor D. Maximiliano Mesa Córdoba, - Pte.

Tengo el honor de trascribir a usted la siguiente proposición, aprobada unánimemente en la sesión de hoy por esta Honorable Cámara:

«En plena juventud y cuando era una esperanza para las letras colombianas, falleció ayer en la ciudad el joven **Alejandro Mesa Nicholls**, autor dramático, cuyos ensayos en el cultivo del Teatro Nacional prometían hermosos frutos de belleza.

La Cámara lamenta la muerte de tan distinguido colombiano.

Copia de esta proposición será transmitida con nota de estilo a los deudos del señor **Mesa Nicholls**.»

Soy de usted muy atento y S. S.,

F. RESTREPO BRICEÑO.



*República de Colombia.— Concejo de Bogotá.— Presidencia.
Número 9654 — Bogotá, agosto 18 de 1920*

Señor D. Maximiliano Mesa Córdoba.-E. L. C.

El Concejo Municipal de esta ciudad, que tengo el honor de presidir, al tener conocimiento de la desaparición de un miembro tan importante de la familia de usted, como el joven **Alejandro**, aprobó en su sesión ordinaria de ayer la proposición que me es honroso transcribir en seguida :

«El Concejo Municipal de Bogotá lamenta la muerte prematura del señor **Alejandro Mesa Nicholls**, quien en sus cortos años de vida supo dar honor a la Historia y Literatura Patrias.

Trascribese esta proposición, en nota de estilo, al señor Mesa Córdoba, digno padre del extinto.»

Aprovecho la ocasión para suscribirme de usted con todo acatamiento, muy atento y S. S.,

ERNESTO S. DE SANTAMARIA

*República de Colombia.—Departamento de Antioquia.
Poder Legislativo.—Presidencia del Concejo Municipal.
Rionegro.*

Proposición aprobada por el Concejo Municipal de Rionegro, en su sesión del 23 de agosto de 1920, por la cual se honra la memoria de un ciudadano benemérito :

El Concejo Municipal de Rionegro,

CONSIDERANDO :

1.º Que el 15 de los corrientes falleció en la Capital de la República el joven don **Alejandro Mesa Nicholls**, distinguido hijo de Rionegro;

2.º Que el señor **Mesa Nicholls**, no obstante su corta existencia, alcanzó puesto prominente entre los intelectuales del País, como lo comprueban los ruidosos triunfos que obtuvo en recientes torneos literarios;

3.º Que si la muerte del mencionado joven ha sido motivo de justo duelo para las letras patrias, lo es también, muy especialmente, para esta ciudad que veía en él uno de sus hijos que más lustre le daban,

RESUELVE :

1.º Lamentar en nombre de la ciudad que representa, la prematura e inesperada muerte del joven don **Alejandro Mesa Nicholls**;

2.º Presentar a la juventud estudiosa de Rionegro su ejemplo como modelo digno de ser imitado.

Sendas copias de esta Resolución, con sus respectivas notas de estilo, serán enviadas a Bogotá a la honorable familia del finado, y a la Sociedad Colombiana de Autores.

Así mismo se ordena que sea publicada en el periódico oficial del Municipio.

RICARDO C. SANIN.

El Secretario, *Rafael Tobón Ramírez.*

*República de Colombia—Academia Nacional de Historia,
Secretaría.—Número 2029.—Bogotá, agosto 25 de 1920.*

Señor D. Maximiliano Mesa Córdoba. - L. C.

Cumplo con el deber de comunicar a usted que el Instituto, en su última sesión ordinaria aprobó, por unanimidad de votos, la siguiente proposición:

«La Academia Nacional de Historia, impuesta del fallecimiento del señor don Alejandro Mesa Nicholls, acaecido en esta ciudad el sábado último, deja constancia del pesar que experimenta por la pérdida de este joven benemérito y estudioso, pesar tanto más hondo cuanto que el extinto venía trabajando con éxito en el campo de la Historia Nacional, como lo acreditan su biografía de Salvador Córdoba que tenía en prensa, y la no menos interesante del General José María Córdoba, de la cual tenía escrita ya la mayor parte.

La Academia asimismo rememora en esta ocasión los triunfos alcanzados por el señor Mesa Nicholls en sus labores históricodramáticas en donde supo fundir en el arte la verdad de los asuntos que desarrolló. El Instituto presenta a la familia del extinto su sentimiento de condolencia.»

Al transcribir a usted la anterior proposición presento a usted mi más sincera manifestación de pesar.

Soy de usted atento servidor y compatriota,

EDUARDO POSADA



Círculo de Bellas Artes.—Bogotá, septiembre 14 de 1920.

Señor D. Maximiliano Mesa Córdoba. - Pte.

Tengo el alto honor de remitir a usted, por medio de uno de los socios del Círculo de Bellas Artes, copia de la proposición de don Ricardo Acevedo Bernal, Presidente del mismo, de la cual queda constancia en el acta número 9 del 16 de agosto de 1920, y que fué aprobada por unanimidad:

«El Círculo de Bellas Artes de Bogotá deja constancia en el acta de hoy, de su profundo pesar por la prematura muerte del insigne poeta y dramaturgo, **Alejandro Mesa Nicholls**, miembro activo del Círculo de Bellas Artes, y dispone que se adquiera un autógrafo del poeta para conservarlo en el salón de sesiones.

Copia de esta proposición será pasada con nota de estilo a los deudos del señor Mesa.»

Soy de usted atento servidor,

R. RAMELLI.



Discurso de D. Antonio Alvarez Lleras

Señores:

Aunque a veces es tal la ruindad de la vida que nos obliga a ocultar nuestros sentimientos en gracia de las conveniencias y el temor de no ser entendidos, nos hace ahogar los sollozos y contener las lágrimas, hay ocasiones, como la presente, en que las quejas de dolor se escapan libremente de nuestro corazón sin que nada pueda detenerlas. Pido perdón si alguna de mis palabras no resulta oportuna en estos momentos, pero todos sabéis lo que se siente al despedir para siempre al mejor amigo y cómo el dolor no puede ser tasado por tener derechos ilimitados que jamás tiene la felicidad.

La desaparición de **Mesa Nicholls** desconcierta de manera pavorosa. Si siempre que la segur de la muerte troncha las espigas de la juventud nos preguntamos espantados qué misterioso mandato, qué injusticia del destino o qué torpeza de la suerte ordenó tal absurdo, cuál será ahora nuestro estupor al ver hundirse en el abismo de lo desconocido a este noble corazón, a este privilegiado cerebro, a esta juventud vigorosa plena de maravillosas realidades y de fecundas promesas para la Patria y para el arte? ¿Por qué siempre que en la oscuridad de nuestro camino una alma como la de **Alejandro** brilla cual una luz consoladora que nos guía, al punto ha de apagarla un soplo invisible y sólo la sardónica risa de la fatalidad responde a nuestra queja? ¿Por qué se va **Alejandro** en el preciso momento en que comenzamos a entenderlo y apreciarlo en su justo valor? ¿Es que se tuvo recelo de que fuéramos a quererlo en exceso?

Sí, todos lo estimamos porque era justo y noble; lo admiramos, porque pesaba en alto grado el dón divino de la inteligencia y todos lo quisimos porque a más del talento positivo que vimos en él, apreciamos al joven generoso, al amigo delicado y suave que siempre restañó nuestras heridas con sus serenas palabras de confianza y de verdad.

Pero, sin embargo, en estos momentos no es el fanatismo de mi cariño lo que impide que la palabra fatal salga de mis labios; que no pueda comprender mi entendimiento, ni perciban mis sentidos en toda su plenitud la verdad desnuda y cruel: "**Mesa Nicholls** ha desaparecido para siempre." Hay algo más que la amistad en este ahogado grito de angustia: es la sorpresa del creyente que ve destrozada su fe, del que espera y ve esfumarse su esperanza. Yo creí en **Mesa Nicholls** con fe ciega; quizá nadie creyó en él como yo. Tuve la completa seguridad de que **Alejandro** sería el verdadero creador de nuestro teatro criollo y en él me pareció vislumbrar al genio dramático nuestro, al auténtico de verdad. En mi ansiedad por ver aparecer la obra definitiva de nuestra escena, sólo pude esperarla de su juventud y de su cerebro porque nadie como él comprendía el alma popular ni poseía en más alto grado un sentimiento tan hondo de nuestra nacionalidad.

Si es necesario despojarme de mis afectos de camarada y de mis entusiasmos artísticos así lo haré para expresar ahora mi pensamiento. Quizá como ninguno conocí yo la intimidad de **Mesa Nicholls**, pero no del **Mesa Nicholls** buen hijo, buen hermano y buen amigo, sino del **Mesa Nicholls** artista. Y os puedo asegurar que sus pensamientos, sus ensueños, su vida toda, fueron para el arte. Era taciturno porque sufría del dolor de pensar; era débil, anémico y pálido, porque lo devoraba la inquietud interior. Y bajo aquella aparente serenidad y aquel aspecto de juventud tranquila y apacible, había una alma atormentada que se revolvía en las contorsiones de la duda y se asfixiaba bajo la implacable rudeza de la existencia ordinaria y ruin.

Algo pasaba dentro del alma de este joven soñador. Una tristeza vaga y una inexplicable ansiedad ahogaban en honda pena su juventud. Estoy cierto de que amó con pasión hasta

el sacrificio, de que no podía conformarse con no ser entendido por nadie y no hallaba la forma de hacerse entender. Era escaso de palabras porque abundaba en ideas y sufría de la nostalgia de la verdad artística que es la nostalgia de los genios.

Sus admiradores creíamos en él porque en arte fue todo calor y entusiasmo. Llevaba dentro el fuego sagrado del ideal que ilumina el camino de la inmortalidad. Estaba seguro de su fuerza y sabía que llegaría a la cumbre. Lo que probablemente ignoraba era las angustias y dolores del calvario de la gloria. Y quizá nosotros en nuestro egoísmo lamentamos su muerte y no sabemos si no ha sido el Dios de la Misericordia el que nos lo ha quitado de las manos para librarlo de nuestras ingratitudes y afrentas. Este adorador del arte no sospechaba que quizá muchas amargas le esperaban en el ingrato sacerdocio. Era demasiado sincero y demasiado artista para poder defenderse de los dardos envenenados de la envidia. Y él que si creía en la gloria y el amor, en la bondad y la nobleza humanas, hubiera conocido muy pronto lo que es el martirio del desengaño para el que sólo nació para amar el arte.

Cuando **Alejandro Mesa Nicholls** era todavía totalmente desconocido en nuestros círculos artísticos, quiso la fortuna que nos conociéramos. No era más por entonces que un aprovechado estudiante en Filosofía y Letras que comenzaba a espigar en los campos literarios. Al punto nos tuvimos una confianza completa. Me enseñó sus primeros versos escritos en el corazón de la montaña antioqueña e inspirados en el sentimiento de sus paisajes. Después me habló del teatro, de su afición enorme por el divino arte de Tualía y me prometió que me mostraría sus primeros ensayos dramáticos.

Fué una sola entrevista y no volví a verlo. Pero un día me sorprendieron los anuncios del estreno de una obra suya que se titulaba «Abandono.» Y fui al teatro lleno de la más viva curiosidad. Era apenas un ensayo, un juguete dramático, pero tan hondamente sentido que ya dejaba traslucir al futuro escritor escénico.

El abrazo que le di esa noche fué tan sincero que selló para siempre el pacto de nuestra amistad, de esa amistad generosa y noble que yo, desencantado y solitario, jamás había conocido y que temo no volver a conocer nunca. Porque **Alejandro** ignoraba totalmente la doblez y la falsía, y para mí tuvo siempre una frase consoladora y un consejo oportuno y leal. El no adulaba ni mentar sólo sabía querer.

Sí, **Mesa Nicholls**, como todas las almas grandes, no supo sino amar. La envidia y el odio fueron para él a lo sumo dos palabras huecas y desteñidas que no pudo comprender nunca. De ahí que tradujése el arte de manera tan hermosa y vióse tan claro dentro de los espíritus. A tiempo que manejaba con perfecta habilidad los fanteoches del tinglado y conocía todos los resortes escénicos, tocaba como nadie las más ocultas fibras del corazón.

Permitidme la vanidad de creer que fué el primero que conoció «Nubes de Ocaso.» Tuvo **Alejandro** la generosidad de leerme su drama y la ingenuidad de pedirme consejos, como yo también lo hacía siempre con él en mis apuros artísticos. Pero qué consejos iba yo a darle en tal ocasión si acababa de mostrármeme como un dramaturgo completo y un profundo psicólogo? En escenas sueltas y naturales se desgranaba un hermosísimo diálogo antioqueño en boca de auténticos personajes de la montaña que cualquier hijo de Antioquia reconocería al punto. Y en medio de esos personajes humanos, el invisible personaje de la verdadera tragedia, la sombra muda, la inexorable fatalidad.

El mismo **Alejandro** no supo jamás el valor de lo que escribía. «Nubes de Ocaso» es la primera obra regional, la obra de Antioquia, la obra de la montaña en donde palpita el alma del altivo jornalero sometido a la opresión del amo enriquecido pero jamás al baldón y la infamia. «Nubes de Ocaso» es el drama de la Antioquia luchadora y fuerte, y por lo tanto es obra que no morirá jamás, porque jamás podrá perecer la vigorosa y robusta raza antioqueña.

Bien sé que no es este el momento para la crítica literaria de **Mesa Nicholls** y por eso me limito solamente a recordar su meritoria labor. Algún día conoceréis la obra verdadera

de **Alejandro** «Lauro candente.» Es una tragedia de corte clásico, escrita en versos prodigiosos, en la que la raza indígena vencida escupe su dolor y su odio salvaje a la cara de los crueles conquistadores españoles. Esa tragedia es para mí la mejor tragedia histórica escrita en Colombia.

Y como poeta de hondo sentimiento, de poderosa imaginación y versificación admirable, qué podré decir de **Alejandro**? Su modestia no le dejó hacerse conocer y apreciar como lo merecía pero lo que publicó ya fué lo bastante para dar idea de su talento poético.

Y perdonadme estas digresiones literarias que no han tenido otro objeto que complacerme en ahondar mi dolor y el vuestro.

Se ha dado Bogotá cuenta exacta de lo que significó en la literatura nacional este jóven hijo de Antioquia, triste y bondadoso, humilde y sencillo, que sorprendió por un instante en el cielo del arte y se hundió en el abismo, igual que una centella? Se dará cuenta alguna vez la patria de Vargas Tejada, de lo que fué en cortos años este otro malogrado del arte?

Descansa en paz, **Alejandro**.....También los laureles suelen tener espinas y tú, mimado de la fortuna, no alcanzaste a sentirlos. Así los dejas a tus padres, frescos y limpios. No los salpicó de lodo la infamia ni nunca sirvieron de tapiz a los plebeyos. Los guardarán tus padres con cariño junto con las flores de tu tumba que llevan el rocío de las lágrimas de tus amigos que no las dejarán marchitar jamás.....



Discurso de D. Rafael Bernal Jiménez

Amigos :

Una mano inescrutable ha volteado cruelmente la dorada página de la existencia de uno de nuestros hermanos más queridos.

Cuando, tras una prolongada permanencia sobre el mundo, se ha encanecido una testa y se ha minado un organismo, vemos como un natural advenimiento el que el sér ya caduco cumpla con el más trascendental de los actos humanos.

Mas cuando una inteligencia en flor, cuando una frente joven recibe el hosco y definitivo agasajo de la muerte, el espíritu se revela, la razón se desconcierta, el corazón se desgarrar y no se atreve a optar entre un Fatum que ironiza de los hombres o una misteriosa Inteligencia que custodia el reino de lo inaccesible.

Y cuando tras esa vida trunca, cuando tras esa frente mustiada, alentaba una inteligencia como la de **Alejandro Mesa Nicholls**, la protesta del entendimiento cae agobiada de tanto no comprender, como una flor de impotencia ante el sacro tabernáculo del Dolor.

Lo que él valía, yo no podría decirlo ahora, cuando una emoción interna estorba hasta la coordinación de esta despedida, pero debió valer mucho cuando tan hondamente lo sentimos; debió de ser muy grande su espíritu cuando tan profunda ha quedado su huella en nuestros corazones.

Hijo de aquella montañosa comarca antioqueña, donde todo ha nacido para la culminación y el aletazo, revoloteó como un ave inquieta en pos de un ideal de Belleza que él ambicionó de manera incontrastable, triunfó joven, triunfó ruidosamente con la representación de sus admirables obras dramáticas, con sus interesantísimos estudios históricos. Mas la inconformidad, la eterna compañera del talento, lo hacía ambicionar más, mucho más. Lucubró, creó, laboró. Solamente sus medias noches insomnes podrían decirnos algo de sus íntimas inquietudes espirituales, de sus nobles anhelos y de sus hermosas ambiciones. Y fue tanto lo que se embelleció a los ojos de la estética intelectual, que la Amada Negra, apasionada de él, le cerró los ojos a la vida para poscerlo ella sola, únicamente ella.

¿Qué sabemos nosotros de este egoísmo ultrahumano, que a cada momento nos deja entrever misterios que como éste, encierra todo el alcance de un extraño sacramento?

Cuando tras el anonadamiento primero de la pesadumbre, queda un instante a la meditación, pensamos en todo lo que una inteligencia en plena floración podría haber dado de más a la Belleza y a la Patria; y ante la visión de lo que pudo ser y no fue, la razón, una vez más vencida, se arroja en brazos del mutismo.

¡Pobre espíritu humano, el Dolor es el mismo vencimiento, pero a fuerza de ser tan noble es lo que nos aproxima más al reinado del Misterio!

Mas si es una verdad que nada sobre el universo se crea, ni nada se pierde sobre él, la antorcha que se extingue, el ánfora que se hace pedazos, el arbusto tronchado sobre el césped, renacerán un día, no se sabe cómo ni en qué forma, quizá en un nuevo aliento. quizá en un recuerdo. quizá en una meditación que contribuya a esclarecer lo Desconocido.

Y así, el genio del malogrado amigo, cuyos mortales despojos hoy devolvemos a la tierra, arderá constantemente al lado de los que tuvimos el goce de conocerlo y el dolor de vernos por él abandonados, como una lámpara votiva frente al ara familiar de nuestro idéntico rito.

Porque no es posible que el Olvido se atreva a profanar el sitio sagrado en donde ha quedado estampada su figura; esa noble figura, fina, aristocratizada por la bella palidez de su rostro, por el candente dejo de su voz, por la placidez de su mirada, donde nunca se hubiera podido leer un rencor, una envidia, un solo signo atentatorio contra la alta estética de los sentimientos.

Su persona era el reflejo de toda la Bondad invisible. De él podríamos decir al Señor con Gabriela Mistral:

*"Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagro, como la primavera."*

Cuántas veces, al recorrer el martirologio de los artistas y de los pensadores, al meditar sobre su vida atormentada por esa dolencia suprema del autoanálisis, que tan admirablemente nos describe Maupassant, he llegado a la creencia de que en la gran compensación eterna, corresponde a ellos un lugar especialísimo de goces superiores. Porque ¿cómo es posible que un temperamento sensitivo, un espíritu hecho para vibrar como un arpa al roce más insignificante, una dionia cuyas hojas se pliegan dolorosamente al menor contacto, un martirizado cerebral, un intuitivo que por el hecho de ver más, contempla más pesadumbres; y que al mismo tiempo se ha hecho sacerdote de un ritual escarnecido, asesta de una gruta azul —a menudo visitada por la abstinencia,— cómo es posible que la compensación ultraterrena sea para él medida en la misma tasa en que se otorga a la insulsa burguesía?....

¡Amigo!: Todo nuestro dolor, desgranado sobre tu cuerpo, no sería bastante para llorar como se merece tu prematura partida.

Mas reposa en paz. Tu estela sobre tu Patria ha sido demasiado esplendente para que se extinga tan fácilmente como tu existencia.

La Patria ha perdido en tí algo más que una promesa: una gloria; tu desolada familia, uno de sus miembros más queridos; tus compañeros, un hermano intelectual y un corazón sin medida; la Belleza, un sacerdote; la juventud que iba a luchar contigo, un soldado; todo, todo ha perdido con tu viaje, menos el Misterio, cuyo abismo se agiganta con un nuevo ejemplo de los incomprensibles.

Si en las regiones de ultratumba crecen rosas blancas para que desgranen las doncellas muertas, también deben existir bosques de laureles para que se desgajen sobre las frentes gloriosas como la tuya malograda.

¡Adiós!.....¡Duerme en calma! Es preciso que te dejemos solo, para que de tu cerebro, como del del Garcin de Dario, saiga el Pájaro Azul que ha de revolotear hasta lo infinito!.....

(“El Tiempo” número 3158, - Agosto 17 de 1920).





Discurso del señor Humberto Soto S.

Señores:

El alma se llena de congoja, los labios se entorpecen y parece que en torno nuestro azota una brisa intensamente fría al pensar que en estos momentos venimos a dejar en este oasis de la vida al que ayer respondía lleno de vigor y de energías al nombre de **Alejandro Mesa Nicholls**.

Aquel que, nacido en medio de las montañas vírgenes de Antioquia, empezaba a levantarse erguido y altivo como las palmeras de nuestras grandes pampas orientales. Aquel en cuyo rostro se traslucía el alma enrarecida y fecunda del escritor y del poeta, pero no de un poeta como tantos; era un poeta por inspiración, por sangre, por temperamento y por ideas.

Así lo demuestran aquellos sonetos que tantas veces declamó en nuestro teatros, cuando un público que lo ovacionaba iba al delirio al escuchar la rima sentida y delicada de sus versos.

Aún me parece verlo en aquellos instantes, con aquella silueta romántica y sencilla, recibiendo la palma con que se premia el talento y la virtud. El gran Valencia lo hubiera escuchado, hubiera creído que un jirón de su alma vivía en **Mesa Nicholls**.

Y qué diremos de sus obras teatrales? Que el Teatro Nacional está de luto; que pierde uno de sus más altos exponentes, si no el más auténtico.

Nubes de Ocaso, su obra maestra, sería más que suficiente para hacer su apología como dramaturgo. Diez y siete repre-

sentaciones, en que cada una vez más se conquistaba la admiración de nuestro público y la ovación sincera y entusiasta de éste, bastarían por sí solas para formar una página hermosa en la historia de nuestra literatura dramática.

Golondrina Errante, la comedia en donde puso de relieve su joven autor lo exquisito y delicado de su calambur discreto, vino a colocar su nombre muy en alto, y es seguro que hubiera continuado ascendiendo la escalinata del prestigio y de la gloria si la Irremediable no lo hubiera sorprendido en momentos en que se aprestaba a conseguir nuevos triunfos. Deja una obra inédita, no menos delicada que las anteriores: *Juventud*, obra que ya se preparaba a representar la Compañía que actúa en el Colón. Desgraciadamente no le fue dado el ver en la escena este nuevo fruto de su claro talento.

Mesa Nicholls no fue un dramaturgo como tantos; en la difícil literatura teatral demostró ser un genio cuando a los veinte años producía su primer drama, y hoy que baja a la tumba contando veinticinco, deja cuatro obras y al rededor de cuarenta sonetos llenos de vida y que demuestran su delicadeza de alma y su grandeza de espíritu.

Ahora, qué diremos de sus prendas personales? Qué diremos de aquella sencillez, de aquella modestia que fue la característica? Que jamás gustó del elogio ni de las frases rimbombantes. Cuando conquistaba un triunfo, guardaba silencio, y aquel día se le veía marchar al hogar a departir con los suyos del lauro adquirido. Sabía que los únicos amigos que tiene el hombre no se encuentran en la calle sino en el templo sagrado del hogar. Comprendía que la envidia podía hacerle daño, y por eso guardaba silencio.

Como hijo, fue algo excepcional, y sus padres son los encargados de analizarlo por esta vez, por cierto la que más enaltece al hombre. Tal era **Alejandro Mesa Nicholls** a grandes rasgos.

Señores:

Despidámonos del amigo, pero no como se despide a todo el que ya ha llegado a este sitio; despidámonos cubriendo su cuerpo con el perfume de sus versos y las hojas de laurel que en vida ciñeron su frente.



La muerte del Poeta

Como las semillas de abundante reserva nutritiva, primero que extraer de la tierra los jugos necesarios a su firmeza y vigor dan de sí robusto tallo de promisoría lozanía, **Mesa Nicholls** alcanzó triunfos cuando, aún adolescente, no lograba dominar la lengua, ni poseer el necesario acervo de nuestra tradición cultural. De suyo, y como por instinto, transformaba las voces de la naturaleza en ritmos de seductora melancolía, armoniosa y suave. Porque aún la vida no le daba ocasión para transmutar sus emociones en realidades que tan amargamente las disuelven y destruyen, en él, siguiendo la norma de las leyes del espíritu, convertíanse en anhelo vagaroso y delicada poesía.

Desde niño amó la escena teatral; y más de una vez dura brega costó a su padre para que no se hiciese actor y buscáse, mejor que eso, castigar su mente con más acendradas disciplinas. En compañías de ocasión probó a representar sencillas comedias, con tan ahincada vocación, que niño aún, daba verdad a sus papeles y se hacía aplaudir. Luégo quiso componer, a su vez, para el teatro y buscó con laudable empeño el mostrar temas nacionales o evocar la historia patria. Trabajaba con un fervor sibilino, que no había cómo distraerle de su empeño cuando luégo de madurarlo en el silencio de su alma trataba de darle forma en el papel. Y así me consta que en el corto espacio de diez a quince días elaboró esas comedias y tragedias que le merecieron las medallas de

primer premio en concursos de drama nacional. En ellas buscaba sobre todo encarnar el espíritu de la raza, el alma de su pueblo, la realidad vernácula, por decirlo así. Sólo que a las veces la emoción lo exaltaba demasiado y dejábala ir en estrofas de hermoso, pero talvez desadaptado lirismo.

Hubiera creado un arte nacional. Su alcoba estaba llena de obras de riqueza dentro de formas más estables y acabadas. Su vocación firme le hubiera guiado mejor que cosa alguna. Si precisamente de ese teatro en quien idolatraba sacó la herida mortal. Yo no lo sé, mas páreceme hermosa si no profética la coincidente realización de sus temores: presa él de una de aquellas misteriosas perturbaciones de la emoción, que son el fruto acerbo del recargo espiritual de esta agitada civilización contemporánea, esperaba a cada instante uno como zarpazo de la fatalidad; sentía el vertigo de un derrumbamiento próximo, por lo cual injustamente yo le reprendía. Y cómo le recorde a la cabecera de su lecho de muerte: atacado por una neumonía gripal, rebelde a toda medicación, porque no parece sino que este virus traidor, como la neurotoxina de la naja tripudiens, paraliza los centros de reacción para mejor matarlos luego, veía yo que su vida se me escaparía contra todos mis esfuerzos, siquiera fuesen heroicos. Y así, crispados sus músculos por la férrea garra de la muerte, musitaba sin embargo sus mejores versos; y cuando le advertíamos, cariñosamente severos, que esa agitación podía dañarle, con su suave carácter bondadoso y sus ojos dilatados por el delirio, nos decía: «¡ Ah! no quieren que recite.... Bueno.... Bueno... » y hundiéndose su espíritu en la penumbra de la fiebre, volvía de nuevo a declamar sus estrofas más sentidas, con aquel acento suyo, quejoso y suave, ferviente y dolorido.... Era Psquis generosa que antes de entregar aquella delicada naturaleza a la Thanatos avara y hostil, la vencía aristocráticamente con la apagada música de un verso emocionado.

LUIS LOPEZ DE MESA.

“JUVENTUD”

En la noche del sábado último nos tocó asistir a una fiesta que dejó en el ánimo de los concurrentes (no muchos, por desgracia), una impresión a un tiempo dulce y melancólica: fue el estreno en el Teatro de Colón de la pieza «Juventud,» del malogrado joven Alejandro Mesa Nicholls, muerto hace muy poco tiempo en esta ciudad.

.....

La Sociedad de Autores, iniciadora de este homenaje, y que ya en otra ocasión había otorgado un premio al autor antioqueño, encomendó a su distinguido socio don Eduardo Guzmán Esponda, la simpática misión de hacer el elogio del poeta muerto; y el orador, que es un literato de verdad y un fino conocedor en asuntos teatrales, dedicó muy bellas frases al ingenio de Mesa Nicholls, y expuso, en elegantes períodos, muy discretos conceptos sobre el estado actual del arte dramático.

No es «Juventud» una pieza acabada, que pueda compararse en ningún sentido con las obras maestras del teatro europeo, que la Compañía Delgado Caro ha estado dando en el Colón con el grande éxito que todos conocemos. Pero como revelación de un temperamento dramático, que ya empezaba a dar gallardas muestras de sí y a abrirse paso por el camino más arduo y espinoso que pueden recorrer nuestros ingenios, es producción digna de estimación y de grande aplauso; y nos obliga a lamentar el agostamiento prematuro de un arbusto joven, que acababa de adornarse con flor tan fresca y lozana.

«Juventud» se inspira en un pensamiento optimista. Circula en sus escenas un fresco hálito de alegría que anima a los corazones enfermos y los mueve a confiar en la vida. Generosa tendencia que contrasta rudamente con el triste destino del malogrado ingenio! Aun cuando bien pesadas las cosas, quizá fuera suerte para él morir cuando aún sus labios podían gustar la miel de las ilusiones, que talvez más adelante le habrían dejado el sabor del acibar al disiparse por influjo de desencantado pesimismo.

Tiene «Juventud» lo que suele faltar más en nuestros ensayos dramáticos, y esto no por falta de ingenio en sus autores, sino por inexperiencia teatral; es a saber: viveza y flexibilidad en el diálogo; fraseología chispeante y oportuna; combinación acertada del lenguaje correcto con las expresiones de sabor local, discretamente escogidas. El diálogo es el alma de la representación escénica; y cuando despliega sus alas y gira y revolotea, como coíbril que pasa rápidamente de flor en flor, no hay público que permanezca indiferente, ni que resista al hechizo del encantador que va tocando, con su varita mágica, y haciendo vibrar, las cuerdas de los humanos sentimientos.

Pero el diálogo, para que manifieste todo su contenido espiritual, necesita pasar de las páginas escritas a los labios de los artistas de la palabra, que interpretan la intención de cada frase, expresan los más ténues matices del pensamiento; dan su tono a cada emoción, y completan con el gesto el alcance e íntimo sentido de los conceptos. El diálogo, leído, es como el retrato, fijado apenas en la placa fotográfica: apreciamos algo confusamente las líneas, pero no podemos estimar toda su vitalidad y relieve. Y es ésta la situación de inferioridad en que se hallan los dramaturgos nacionales. Por lo general, tienen que guardar en la cartera sus ensayos o entregarlos a compañías de ocasión que, lejos de acreditar, dan muerte a las obras. Cuando, por caso excepcional, logra una pieza colombiana ser interpretada en la escena por verdaderos artistas, que la estudian con interés y simpatía, como ha ocurrido en el caso presente, tiene que sufrir, en cambio, la terrible comparación con obras acabadas, de reputación uni-

versal, cuyo recuerdo está vivo en nuestras vidas y en nuestra imaginación. Hacerse oír en tales condiciones, no sólo con agrado sino con entusiasmo, como lo consiguió el autor de «Juventud» es un triunfo doblemente meritorio.

.....

Al interés que despertaba la comedia, por el patético recuerdo de su autor, se unió el que le daba un incidente extraño a la representación misma: allí estaba el respetable padre de **Mesa Nicholls** presenciando el triunfo póstumo del poeta. Cuán encontradas emociones debieron luchar en su corazón! el gozo del éxito del hijo, tan dulce para el padre; el dolor de la ausencia irrevocable; la consideración de que los aplausos no eran gajos de laurel para coronar una frente triunfadora, sino cinerarias que se deshojaban tristemente sobre su sepulcro.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

(*"El Nuevo Tiempo,"* número 6.373. - Octubre 6 de 1920.)



Por un Felibré

Sé decir de **Alejandro Mesa Nicholls**, que jamás he conocido, dentro de fisonomía tan pálida y delgada, alma más bondadosa, más suave. Acaso, como los prevenidos de que nos habla Maeterlinck, el presentimiento de la muerte lo inclinaba dócilmente a la bondad.

No sé por qué razones, pero sí es la verdad que todos estos seres que han de morir temprano ponen, hasta en los actos más insignificantes de su vida, ese desconsolado acento del que muy pronto se ha de ir... Todo parecen ejecutarlo *cogitatio mortis*, como testaban los romanos.

Y, sin embargo, así marchaba siempre hacia la gloria este caballero andante del ideal, por entre nubes de ocaso, y al través de su propio duelo; así iba hacia un oriente vislumbrado de tierras de promisión y de conquistas bellas.

Fue **Mesa Nicholls** un poeta que murió casi ignorado por el grueso público, porque, como todos los espíritus escogidos, amó su penumbra, su sabroso olvido, quién sabe si por el temor de que las pezuñas brutales de los bárbaros chafaran las éras de su jardín. ¡Quién sabe!

Como Georges Rodenbach, como Charles Guerin, como Albert Samain, como Francis Jammes, como León Valade, como Jules Laforgue, como todos los exquisitos, fue un poeta desconsolado, interior, pero iluminado de emoción en presencia de la naturaleza.

De él sólo nos queda a sus amigos el recuerdo aromoso de las horas íntimas, cuando se dicen los versos a la distancia de una taza de café, sin estrépito, sin ruido...

Pero la muerte se lo ha llevado con su bondad y con sus cantos. Sólo algunos camaradas, y talvez alguna Ella, guardarán el prestigio de su alma de Felibre por sobre las ruinas de los años «con la inflexión de esas voces queridas que callan para siempre...»

En un país como el nuestro, en donde la vida literaria carece de intensidad y aun de objeto, admira ver estos solitarios jardineros que recitan sus rosales, ricos de savia espiritual, lejos del ruido del aplauso y sin el miraje engañoso del triunfo. Entre nosotros se lucha, pero jamás se triunfa.

Y **Mesa Nicholls** tenía para triunfar, como lo apunta France de otro bello espíritu, no sólo los dones misteriosos del poeta, sino también una absoluta sinceridad, una inflexible dulzura, y ese candor, esa simplicidad sobre los cuales el escepticismo filosófico se levanta, como sobre dos alas, a las altas regiones hacia donde, en otro tiempo, la fe arrebatava a los místicos.

Como Ephraim Mikbael, ha muerto **Mesa Nicholls** a los veinticuatro años de edad, dejando tan trunca su obra como su vida. Y como el poeta de *Le Megeyl' étrangère*, jamás hubo de dormir su alma triste en la serenidad de los sueños cumplidos... ¡Jamás!...

Pero, en fin, te has ido camino de la noche, delicado Felibre, con tu lira al hombro, y con las manos perfumadas todavía con los divinos jazmines blancos que cantó Rabindranath, el armonioso poeta bengalí...

¡Adiós! ..

ABEL MARIN.

(“Cromos”, número 230. - Octubre 9 de 1920.)





Discurso del doctor Eduardo Guzmán Esponda

en el Teatro de Colón, en el estreno de la comedia
"Juventud," que obtuvo un ruidoso éxito

Señoras, señores:

La Sociedad de Autores quiere rendir un recuerdo cariñoso a **Alejandro Mesa Nicholls** al subir a escena, por primera vez, su comedia *Juventud*. Dos veces obtuvo el premio, en certamen abierto por esta Corporación, entre competidores de aliento. ¿Cuándo iba a pensarse, en los momentos en que con repetidos aplausos se acercaba recatadamente, modestamente, a recibir la medalla de oro, que al estreno de su pieza más delicada y atractiva estuviera humedecida de llanto todavía su lisa funeraria? Así, en esta noche memorable, en vez de acercarnos al escenario con la emoción anhelante de los estrenos, tenemos que venir con el corazón oprimido ante los sucesos de lo inexorable.

El recuerdo de **Alejandro Mesa Nicholls** tiene algo satisfactorio por extremo para Bogotá. Esta Bogotá, tildada en ocasiones de hostil a las provincias, fue el centro donde un adolescente, nacido en lejana e ilustre ciudad de Antioquia, triunfó con sus obras entre el entusiasmo de todos. Noche tras noche se ha representado aquel intenso cuadro de *Nubes de Ocaso*, de ambiente muy antioqueño, de movimiento muy real, ante los más variados auditorios. Es ésta una gloria que quizá no tenga más de dos precedentes en el teatro colombiano. Nuestras piezas han sido, por lo general, flores de una

noche, acogidas por aplausos corteses, el *succes d'estime*, aplausos movidos más por la galantería y el estímulo que por el entusiasmo desbordante. El rayo que ha de deslumbrar la sala del teatro no se produce sino por el contacto de un talento nacido especialmente para desatarlo, y un público especialmente dispuesto a cargarse de electricidad escénica, si así puede decirse. El público siempre fue entre nosotros inclinado a las manifestaciones del arte, pero por lo común faltaron los ingenios de la escena. Las expresiones en contra del buen gusto teatral de Bogotá no son de refinados auténticos; son de refinados postizos. En esta última e inolvidable temporada dramática, ¿no ha vuelto a levantarse el telón incontables veces ante una sala conmovida por las aventuras espirituales del príncipe Hamlet?

Nuestro sentido poeta entra, pues, a un ambiente difícil, cuando llega de Rionegro, su ciudad nativa. El cambio que tiene que experimentar es fuerte. Su juventud se ha desarrollado en la heráldica villa antioqueña, en un medio reposado, austero, rígido. Sus primeros estudios se hacen en la escuela pública, que allá tiene más acatamiento que entre nosotros, y muestra en sus bancos, codo a codo, a todos los chicos de la villa, los desvalidos y los afortunados, animados sus inocentes rostros por un auténtico espíritu de democracia y de fraternidad. Su segunda enseñanza viene a ser en la vieja casa solariega, que hoy es liceo, la del prócer Salvador Córdoba, su abuelo, hermano del insigne Córdoba, caserón de nobles recuerdos, de largas ventanas de reja, donde en las plácidas noches coloniales se ha escuchado tal vez la serenata de hidalgos enamorados; caserón de jazmines en el patio, de amplios corredores, de enredaderas en las columnas — ¡oh, viejas casas de Antioquia! — decoración espléndida de un pasado de tradiciones familiares. Aquella mansión ha sido una noche el refugio de José María Córdoba, cuando la población es todo bullicio y algarabía por la fiesta de la Virgen; desde una de esas ventanas ha visto el compañero de Sucre en Ayacucho los espías que quieren descubrirle; en esos aposentos espaciosos ha penetrado después la soldadesca de nuestras guerras civiles; luego han sido las voces infantiles, el deletreo pausado, ese

himno incomparable a la sabiduría, las que han resonado entre aquellos muros señoriales.

¿Qué mucho que el adolescente crecido allí resulte poeta, y poeta dramático?

La actividad inherente a su raza se dirige a la literatura por completo. Tiene fe en sí mismo; cree en su vocación, y llegando a esta ciudad sigue escribiendo apasionadamente, como lo hacía en su tierra, versos, comedias, hasta el amanecer. Es individuo algo meditabundo, es un hombre de acción; ese joven soñador, delgado, pálido, ligeramente cargado de espaldas, de sequedad antioqueña en sus maneras, empieza a hacerse conocer en la capital, sin necesidad de entrometimientos impertinentes. Sus versos lo presentan y a poco son repetidos por lindas bocas. Su cortedad de modales no pasa a sus versos. ¿Recordáis el soneto de Núñez de Arce a una primera comunión? Menos místico que éste, pero de una galantería cariñosa extraordinaria, es el de nuestro amigo desaparecido:

*En el cristal de tu pupila oscura,
tubo un brillo celeste la mirada,
cuando la mano trémula del cura
llevó hasta ti la hostia consagrada.*

*Después el disco de sin par blancura
irradió entre tu boca sonrosada;
y hubo en tu alma candorosa y pura
algo como una mística alborada.*

*Un sagrario de perlas y corales
tu boca fue; jamás las catedrales,
tendrán bajo sus áticas cornisas*

*entre sus oros de fulgor de estrella,
otra morada para Dios más bella
que ese nido de férvidas sonrisas.*

De esta inspiración es la poesía de Mesa Nicholls, recamada de preciosismo, a veces amatoria, a veces bucólica, a veces ligeramente parnasiana. Quiero imaginar un volumen finamente editado donde se lean sus versos empapados en juventud, en ilusiones, nacido de una verdadera obsesión por el arte y dictados por un corazón lleno de bondad!

Sé bien que al tratarse de poesía dramática sonríen quienes tienen para el teatro el criterio de las modas que pasan, como la crinolina y el miriñque. Crítica que se basa en ese cimiento, es crítica endeble. Una pieza debe ser para la crítica buena o mala en sí, pero no buena cuando esté de moda para dejar de serlo unos años después. Si hay algo fugaz es el cartel de las obras dramáticas; pero si hay algo imperecedero es su valor cuando le tienen, a pesar de lo pasajero de los estilos escénicos. Es evidente que la manera, el procedimiento, el mayor o menor lirismo, el mayor o menor movimiento, la intensidad más o menos reprimida gusta más en unos tiempos que en otros. De ahí las grandes revoluciones, como la del romanticismo. Pero lo que decide de la inmortalidad de una pieza, de su valor, no es el que esté conforme a una manera determinada. Decir pomposamente que cierta pieza es pasada de moda, creyendo hacer con ello crítica teatral, no es apenas más que anotar un hecho de mínima importancia literaria.

Las obras maestras no están en el estilo contemporáneo, y, sin embargo, son bien superiores a las que hoy se producen. Ni ese Hamlet, que no cesa de enturbar nuestros corazones y nuestras mentes; ni ese Alcalde de Zalamea, que no cesa de predicarnos la lección del honor, templado como las espadas de Toledo y fecundo como los trigales de Castilla; ni aquella dulce Berenice, que va por la vida hablando en alejandrinos más finos que los cristales de Bohemia; y—por qué no decirlo?—ni aquella pareja forzada a quererse por la maledicencia universal, por el *Gran Galeoto*, hechura de ese Echegaray, de quien dijo la Academia de Suecia al otorgarle el premio Nobel, que había sido capaz de restaurar la gloria y las tradiciones del drama español; nada de estas grandes concepciones del ingenio humano está conforme a *nuestra moda*, y, con todo, una comparación nos haría creer de vez en cuando que el teatro ha decaído, a pesar de los nombres ilustres de estos tiempos.

Hé ahí por qué es de celebrarse que nuestro compañero no hubiera tenido respetos en acometer el drama en verso, *Lauro Candente*, con que triunfó en la Sociedad de Autores,

hizo apenas un año, en el concurso internacional del centenario de Boyacá: drama de sólida complexión y vivo interés, ajustado en lo posible a la verdad histórica, bordado sobre la dolorosa aventura de Lázaro Fonte, allá en los primeros tiempos de la conquista española.

Atrevimiento de mérito esa de aventurarse en el género talvez más difícil del arte teatral: el drama histórico, género que después de la *Locura de Amor* de Tamayo no ha vuelto a levantar su vuelo en España a regiones de inmortalidad.

En la obra de **Mesa Nicholls** se comprenden las influencias que le inspiran. Para su primera comedia *Abandono* y en las *Nubes de Ocaso* ejercen claro dominio los dos maestros del teatro plebeyo: Guimerá y Dicenta; en la preciosa comedia de esta noche veréis la de los maestros del teatro en que se ha reducido la acción a casi nada. Era natural que **Mesa Nicholls** se inspirara en los autores de primera línea, como aplicado que fue a nutrir su mente con magnífico alimento espiritual en vez de preferir con petulancia y miopía hacer sus obras sin estudiar a los próceres de las letras. Los temas puede decirse que son universales; en tal materia casi todo está explotado; la forma personal es la mina que hay que trabajar y la que da el diamante maravilloso. Cuántas veces se había relatado la historia del endiablado doctor, alquimista, aficionado a la magia y la hechicería; con todo, y a pesar de atravesarse el nombre de Caldeón, es el del gran Goethe el que llena el mundo con la historia de Margarita y de Elena.

El amable escritor, en cuyo recuerdo nos congregamos esta noche, sigue siendo un ejemplo de tenacidad, de voluntad, de brío. Su singular talento sin esas virtudes habría permanecido ignorado en la tranquilidad de su villa nativa. No hubiera venido la fatalidad que hoy estamos lamentando y ya habríamos visto cómo **Mesa Nicholls** iba destacando más y más una personalidad de alto relieve.

Que esta noche nuestro aplauso sea un nuevo laurel, no por póstumo menos sincero, y no por enlutado menos glorioso.

(De *Cromos*)

Mesa Nicholls.

En plena florescencia de su juventud, a los veinticinco años, cuando su nombre era ya familiar en los círculos intelectuales de Colombia, ha cerrado los ojos a la vida el aplaudido dramaturgo, el autorizado historiador y original poeta **Alejandro Mesa Nicholls.**

Deja un sitio vacío en el hogar virtuoso, un lugar enlutado en la mesa fraternal del café cotidiano, en donde envueltos en las sutiles madejas del humo y bajo los inefables hechizos de la reina Mab, departen los camaradas: poetas, cuentistas, pintores, músicos, artistas... Todos los que traen la irisada lámpara del Arte, los sacerdotes de divinales ritos a la Belleza.

Diversas actividades tuvo su robusta inteligencia: él, como dramaturgo, ahondó en nuestra alma nacional para poner de relieve las pasiones del pueblo; «Nubes de Ocaso» es sinceramente magistral. Sus comedias llenas de gracia y sencillez, tienen el ornato de una dialogación animada y festiva; puede decirse que dominaba el arte escenográfico. Como historiador deja un interesante volumen que actualmente publica la Imprenta Nacional, la biografía del General Salvador Córdoba, su ilustre bisabuelo, obra ésta de interesante documentación inédita que achara muchas lagunas. Pulsó el arpa con original inspiración y deja poesías muy hermosas que tienen fragancia de montañas y resonancias dulcísimas.

Esperaba el ensayo de su última obra dramática «Lauro Candente,» pieza lírica, en verso y sobre asunto histórico de la Conquista, que le valió las más calurosas felicitaciones de

quienes leyeron el manuscrito, cuando una enfermedad llegó de súbito con medrosas arterías; su alma grande y noble estaba contenida en un cuerpo eneble, no resistió los vórtigos dolorosos, la secreta infiltración de letales agonías; pronto vino la muerte, y piadosamente para evitarle tantos dolores, cerró sus ojos cautelosamente y puso sobre sus sienes, que algún día habría consagrado el laurel de la gloria, un manejo de trágicos livores.

¡La Muerte! Esa función natural, esa transformación de los organismos que todos esperamos, en verdad que dio reposo al poeta sufriente y delicado a quien faltaba para vencer en la vida algo: lo que tanto sobra a casi todos los hombres: utilitarismo. Cuando su drama era representado y aplaudido en Antioquia y servía a muchos para allegar recursos, él nada sabía, ni le importaba. Hoy, cuando abandona el escenario de la vida dejando en el tinglado a tantos fantoches que seguirán representando los sainetes de sus obras; sólo perecerá su recuerdo de ello tenemos certeza—en el alma de aquellos que acaso sin saberlo pusieron las asperezas en su camino. ¡Su nombre es la posteridad!

¿Qué podrá haber sido más grato a su alma que el definitivo descanso? La gloria, la efímera gloria de momentáneos aplausos o el sutil florecimiento de los versos en los labios de incógnitas mujeres, en verdad que no equiparan los diarios sufrimientos de la vida para los que nacieron con el pájaro azul en el cerebro y trajeron en el pecho un corazón como palpitante rubí.

L. FLOREZ ALVAREZ.

(“El *Diario Nacional*,” número 1477. - Agosto 16 de 1920.)



Alejandro Mesa Nicholls

Las letras colombianas están de duelo.

La dramaturgia nacional acaba de perder a una de sus estrellas más luminosas.

Los corazones visten paños negros.

Una aguda pulmonía borró para siempre la existencia de quien en vida llevó el nombre ya glorioso de **Alejandro Mesa Nicholls**.

Su pérdida deja un hondo e irreparable vacío entre los intelectuales.

*

Alejandro Mesa Nicholls descendía de raza antioqueña.

Pertenecía a una linajuda familia, modelo de virtudes y orgullo de aquel Departamento.

Su trato amable y afectuoso, su ilustración vasta; sus prendas morales le granjearon la simpatía de cuantos le conocieron. Se abrió paso por el camino de la vida sin destrozarse reputaciones ni amenguar honores de extraños. Siempre fue portaestandarte de nobles y encumbrados ideales.

Iba a la vanguardia de cuanto significara grandeza y patriotismo; levantó muy alto su nombre gracias al propio esfuerzo pues nunca hubo de mendigar la ayuda del vecino.

Mesa Nicholls abría sus brazos con fraternal cariño a sus numerosos amigos que iban en busca de sus valiosos consejos.

Quizá el triunfo más completo que llegó a obtener fue la representación de *Nubes de Ocaso*, drama bello y sentido que ha sido objeto de ardorosos aplausos en el ya crecido número de sus *reprisses*; *Golondrina errante*, comedia fina y graciosa de admirables retruécanos, o, como dijera algún francés, de *calembures*, hace apenas cuatro meses fue estrenada en el Teatro Municipal con éxito franco. Además, tenía inédita *Lauro candente*, premiada en el pasado concurso de la Sociedad de Autores, de la cual Mesa Nicholls era socio de número. Esa comedia está basada sobre un tema histórico y escrita en elegantes y castizos versos castellanos.

Juventud: Hé aquí el título de otra pieza de Mesa Nicholls. Es una obra fina y delicada, suave y gentil.

Abrigaba Mesa Nicholls el deseo de hacerla representar en esta temporada, en el Colón, si acaso llegaba a ser distinguido con ese honor.

La Parca impía no permitió que ese árbol del bosque colombiano llegara a su completo desarrollo y produjera los frutos que de él se esperaban. Sin embargo, Mesa Nicholls vivirá mucho tiempo. Su prosa es hermosa, expresiva, llena de encantos que cautivan.

•

Sus versos, algunos de ellos de exquisita factura parnasiana, son poesía, y no renglones aconsonantados.

Si Mesa Nicholls no hubiera desaparecido tan prematuramente, hubiera llegado a ocupar uno de los primeros puestos de la intelectualidad suramericana. Era lo que le correspondía.

La patria también está de duelo. Acaba de extinguirse bajo el rápido soplo de la Muerte el laureado poeta y el aplaudido dramaturgo.

Mesa Nicholls baja al sepulcro en plena juventud. Cuando se le presentaba un horizonte risueño; Antioquia pierde a uno de sus hijos más ilustres, que no era sino bondad para con sus amigos.

En ese joven de tan vigorosa inteligencia estaba el porvenir del drama en Colombia. El iba a colocar la base fun-

damental de nuestro teatro. Alrededor de él giraba el polichinel nacional.

Pero, más que todo **Alejandro** era un artista consumado. En su alma bullía un vivo deseo por el arte, todo lo hubiera dado por ese sueño. Desde pequeño fijó sus ojos en la escena. ¡Quién creyera que la patria no podría disfrutar de los sazonados productos de ese noble corazón! Ahora es cuando caemos en cuenta de quién era ése joven taciturno, humilde, pero grande por sus méritos.

*

Ayer a las nueve a. m. tuvo lugar en la iglesia Parroquial de San José la ceremonia religiosa por el eterno descanso del alma del poeta.

A este acto asistió una selecta y numerosa concurrencia, formada en su mayor parte de intelectuales y hombres de letras, dando de esta manera una prueba palpable del hondo sentimiento que ha causado la desaparición del joven dramaturgo.

En el cementerio hizo uso de la palabra el señor Rafael Bernal Jiménez, quien, en florido y elegante discurso, trazó la apología del extinto.

Ocupó en seguida la tribuna el señor Humberto Soto, y para cerrar con broche de oro aquella sentida manifestación habló el doctor Alvarez Lleras, quien se expresó en frases tan sinceras como de riguroso corte.

*

En esta hora luctuosa presentamos a su honorable familia la expresión sincera de nuestro pésame.

G. CAMACHO MONTOYA.

(*"La Crónica,"* número 3.087. - Agosto 16 de de 1920.)

Salvador Córdoba

Pasado el estreno de *Juventud* creímos que sería ese el último triunfo de Alejandro Mesa Nicholls.

Pero, a Dios gracias, no fue así.

Tenemos a la vista un libro.

Biografía de Salvador Córdoba, por Alejandro Mesa Nicholls.

Nuestra sorpresa al leerlo raya en alegría.

Una obra del maestro querido.

Ver coleccionados en un volumen algunas producciones de ese joven era para nosotros un sueño dorado.

Bien pronto se cumplió ese loco afán; ya hoy día hemos leído con suma atención ese opúsculo valioso.

Y en verdad que su mérito es cosa indiscutible. Mesa Nicholls que con la misma facilidad con que escribía un soneto, pulía una comedia, estampaba en un papel sus ideas históricas, campo en el cual manejó con verdadera galanura el florete de la pluma.

Su libro que acaba de ver la luz pública nos habla claramente.

Su obra no irá a pasar inadvertida.

Ya son muchos los que se ocupan sobre el ilustre colombiano fallecido.

En días pasados uno de nuestros escritores más conocidos en el país tuvo para con él frases rebosantes de amor y de justicia.

Mesa Nicholls no ha pasado inadvertido. Ha salido bien pronto del montón anónimo.

Biografía de Salvador Córdoba—su abuelo—pone de relieve lo apuntado.

Allí Mesa Nicholls, con una pluma privilegiada, traza rasgos culminantes de la vida de ese gran patriota y gran ciudadano.

Allí él da una muestra de quienes son sus antepasados.

Allí se comprende de por qué esa voluntad indomable, firmeza de carácter y esa grandeza de alma.

Puede el amigo dormir tranquilo en su fosa.

No existirán envidiosos que traten de empañar su pura gloria. No tendrá enemigos que quieran renegarlo.

El ya tiene cimentada una reputación. Ya puede formar parte del reducido número de los inmortales.

Conocedor profundo de la historia, Mesa Nicholls con la misma ductibilidad con que disertaba sobre historia patria, hablaba de la revolución francesa, y medía el alcance de las guerras españolas.

Para él no existía barrera alguna; tenía como lema la estrofa de Olmedo:

Quien no espera vencer ya está vencido.

Y efectivamente venció.

Contra el despecho de los espíritus pequeños quizás, es probable, pero lo indiscutible es que venció.

Su libro, como es seguro, tendrá una envidiable acogida no solamente entre los amantes de los hechos pasados sino catadores de buena prosa. Libro sin prólogo.

Como que la mejor introducción que puede escribirse es su propio nombre.

Mesa Nicholls, por múltiples razones que ya es el caso de exponer, es mirado por sus compatriotas como uno de los jóvenes que mayor honra han dado al país.

G. C. M.

("La Crónica," número 3129. - 11 de octubre de 1920).



Por el Poeta muerto

Mesa Nicholls ha muerto

Alejandro, el compañero incomparable de aventuras románticas, de reuniones íntimas o de veladas fraternales y amenas; el noble amigo, depositario de susaves confidencias y de cotidianas inquietudes; el poeta dulce y grave en cuyos ojos parecía profundizarse la visión vaga de una deidad lunar, ha muerto..... Ha muerto, sin haber escanciado aún el licor bermejo y fulgurante, el vino sapiente y embrujado de la juventud, de ese «divino tesoro»..... Su vida se ha truncado de una manera cruel e inesperada; ha sido tronchada como un rosa en flor, pleno de sabias y fragancias, que muy pronto estaría abrumado bajo el peso de una floración generosa.

Todavía no he podido rehuir el asombro, angustioso y profundo, en que me ha sumido la noticia de su muerte; más aún: no he podido llegar al convencimiento absoluto de que Alejandro ha muerto. Tengo fijos en mi mente, de una manera obsesionante y extraña, sus infantiles ojos tímidos que al despedirme me miraron con un cariño casi doloroso hace ya cuatro meses, la última vez que abandoné la Capital. Cómo iba a imaginarme aquella mañana de mi viaje que el trémulo adiós que le enviaba mi pañuelo desde la ventanilla de un «wagón» fuese el adiós final que le daría en la vida.....

Su recuerdo será imperecedero porque a él están estrechamente ligadas mis primeras emociones de arte, de

belleza; porque él supo de todos mis retozos literarios y de todas mis locuras de sensitivo, que cuando no compartía sabía perdonarme. El recuerdo de nuestras paradojas juveniles, de nuestros estériles atentados contra el Sentido Común, de nuestros inocentes holgorios de poetas y divagadores, será como una luz perpetua que ilumine todas las sendas del pasado.....

Bien quisiera hacer una detenida reminiscencia sobre esas horas íntimas a que alude Abel Marín de un modo indefinido en su dulce y cariñosa página sobre el amigo muerto; pero no son las columnas de esta revista lugar apropiado para ello. Quizás sería demasiado todo lo que habría de decir, porque son muchas las gratas y melancólicas añoranzas que de él guardo.

La vida de Alejandro fue todo ensueño, ingenuidad, inquietud y amor. Su temperamento, propicio a todas las excelsitudes de la Belleza y —tal vez por eso mismo!.... —a todos los paroxismos del dolor, se hallaba en una vibración incesante. Alejandro era, en verdad, un atormentado; un atormentado silencioso que sabía atenuar sus padecimientos con una resignación incierta..... Sufria con todo y por todos. Nunca pudo adaptarse al medio: era un «sediento del azul» Casi inconscientemente odiaba todo lo mediocre, y en su alma, como en aquella fuente de que nos habla D' Annunzio, se veían siempre juntas la Voluptuosidad y la Muerte.....

No era un pesimista; tenía confianza en sí mismo y esperaba mucho del porvenir. La muerte lo arrebató cuando por encima de todas las incredulidades y de todos los egoísmos empezaba a recoger los laureles de sus primeros triunfos. No obstante que su vida fue tan corta, deja una obra literaria llena de ingenuidad y de belleza, en la que no puede hallarse ese prurito de lo artificial y lo decorativo. El, antes que todo, como lo advierte Marín, fue un poeta desconsolado, interior.....

Repose en paz el amado compañero de horas inolvidables.....

Repose en paz el poeta dulce y grave cuyos versos, como mariposas perdidas, aletean en la noche lunada y fragante de mis recuerdos.....

Séale ligera la tierra, ya que sobre ella pasó tan levemente, tan armoniosamente; ya que para ella sólo tuvo cánticos de religiosidad y alabanza. Que sus ojos, esos ojos bondadosos y tristes, esos ojos de asceta poblados de fascinaciones arcanas, se abran de nuevo en algún país maravilloso, soñado o presentido. Y vosotras, Krysis, D'jenana, Violante, Anglavena..... visiones intangibles que atediásteis su espíritu, llevad hasta su tumba el perfume inviolado de vuestras vidas misteriosas.....

C. PEREZ AMAYA.

("Ideas," número 4 - Septiembre 10 de 1920.)



La desaparición de Alejandro Mesa Nicholls

No el simple dolor de perder al amigo, ni el duelo convencional de una aparente cortesía hipócrita fue lo que experimentamos cuando nos sorprendió el aviso fúnebre que invitaba a las exequias. El dolor verdadero y sincero conmovió con una brusca sacudida todo nuestro ser; la desesperanza llenó el alcázar íntimo, donde la amistad, como una emperatriz sagrada, se revelaba contra el imposible, contra el común pesar, contra las desesperaciones de no volverle a ver, de pensar cómo se iba para siempre el artífice delicado, sencillo y ajeno completamente al contagio invasor del egoísmo.

Todo nos hablaba de él: el tiempo, las miradas, las bocas, la dulcedumbre del crepúsculo, las sombras de la noche, el puesto vacío en el café, a cuyo amparo y familiar calor modulaba paso, dulcemente, para nosotros solos, como una ave que teme emitir su gorgceo, armoniosamente divino, sus anhelos y sus ilusiones traducidas en ritmo asordinado y suave..... Qué triste era la tarde! Nuestra alma majestuosamente parecía aprontarse con la gala de un sufrimiento incomprensible para caer religiosamente en el éxtasis de su recuerdo!

Fue poeta? No sabemos por qué, con un desalmado personalismo, uno de nuestros críticos se atrevió, al hacer una póstuma semblanza de Mesa Nicholls, a ponderar su obra de comediógrafo opacando su vida de versicultor.

Otro, que quizá se contara entre el número de sus amigos, con delicadeza de *monje pagano*, duda del triunfo del extinto Apolónida, sin tener en cuenta que no es llegar, como algunos, a la cima, sino saber llegar a tiempo.

Nuestra autoridad puede que nos engañe, pero partimos desde el quilate elevado de la sincera amistad y admiración, para considerarlo como uno de los que, en tan corta vida de existencia, dio la más elevada muestra de intelectualidad literaria.

Sencilla y llena con el aroma de sus lejanas montañas, su alma se copió en sus versos dando una muy amable y dulce musicalidad de ingenuidad a sus estrofas:

*Atada, soy poeta, me enseñaron
a cantar en las cumbres antioqueñas
las aves que mi infancia acompañaron
en las situaciones de las breñas.*

Los «Retazos literarios», en que familiar y hábilmente traduce escenas hogareñas, son prueba de las dotes que poseía para la topografía literaria.

Su percepción por la belleza, pura y concisa en toda su obra, llega al corazón haciendo conmover el sentimiento; para qué hablar de aquellos versos vibratorios que mueven el espíritu hacia la idealidad y le hacen vivir en una estrofa toda la ternura que encierra un poema....?

*..... Sabí luego al espacio, contemplé las estrellas
y las nubes doradas por dorados reflejos;
de mis locos ideales no encontré ni las huellas,
y el azul de los cielos siempre estaba muy lejos.*

La virtualidad de la poesía de Mesa es fecunda y en arranques anhelosos se hace prepotentemente sensible; el crisol de su peplo hervoroso de amor, da a algunas de sus estrofas una rotundidad sonora y palpitante:

*Quiero que se consuman mis despojos
con el infierno negro de tus ojos
sobre las rojas ascuas de tu boca.*

¿Qué más delicado y madrigalesco que la estrofa siguiente, en que sincero de alma y rayando en sublimidad inocente de niño, exclama?

.....*Dios te salve María, llena eres de gracia.....*
En la noche silente de mi inmenso dolor,
han dejado tus huellas un perfume de acacia,
un reflejo de aurora y una chispa de amor.

Enfilado al lado de Alvarez Lleras, nos dejó en dramaturgia tres joyas de inestimable valor: *Nubes de Ocaso*, *Golondrina Errante* y *Lauro Candente*.

Duerma en la tumba el Apolonida entre los acordes místicos de esa misma armonía que, cuando al expirar, desplegó todavía sus labios ya trémulos y yertos para desgranar el ritornelo de la más sentida de todas sus estrofas.

P. M. V.

(*"Cosmos,"* número 19. - Agosto 18 de 1920.)



Alejandro Mesa Nicholls

La muerte parece resuelta a llevarse implacablemente lo mejor de nuestra gente. Arrebata un día hombres que en plena madurez trabajan intensa y eficazmente por el país, como el doctor Rafael Álvarez Salas, y otros días a jóvenes que empiezan a mostrar facultades excepcionales, en nobles campos. Ayer tocó el trágico turno a Alejandro Mesa Nicholls, dramaturgo y poeta que constituía una de las mayores esperanzas de nuestra literatura, joven intachable que en campos de recio y varonil trabajo se aseguraba un porvenir independiente y era alto ejemplo de corrección y de honorabilidad.

Corría por sus venas la sangre herélica de los Córdoba, y a su gloriosa prosapia unía cualidades exquisitas. Lo conocimos hace unos cinco años, casi niño todavía, lleno de timidez y cuando hacía sus primeros ensayos, con poca experiencia y sorprendente originalidad y vigor. Sus versos, sus escritos, adolecían entonces de errores y deficiencias de técnica innegables, que él disculpaba por sus cortos estudios, pero cuánto talento, cuánta vida propia, cuán robusta personalidad se desprendía de ellos! No eran sus obras un mero reflejo de lecturas, sino la exteriorización de sus sentimientos y de sus ideas, y de ahí que sedujeran a los verdaderos conocedores. Aún recordamos el entusiasmo que uno de sus poemas despertó en

el selecto grupo de *Cultura* y especialmente en el espíritu cultísimo y refinado como pocos de Luis López de Mesa.

Luégo Mesa Nicholls subió y se impuso al gran público, que empezaba ya a pronunciar con admiración y respeto el nombre de ese escritor casi adolescente todavía. Su drama *Nubes de Ocaso* obtuvo triunfal acogida y en más de una ocasión conoció los placeres del éxito. El estudio y la observación habían fortalecido sus cualidades originales y todo le auguraba una carrera de gloria para él y para las letras nacionales.

En el concurso internacional para obras dramáticas abierto el año pasado por la Sociedad de Autores, obtuvo Mesa Nicholls el primer premio con su tragedia *Lauro Candente*, y hacia poco su drama *Abandono* había sido aclamado por un público inteligente.

Y no sólo en el teatro triunfaba este gallardo joven. La Academia de Historia premió la biografía que él escribiera de su bisabuelo el Coronel Salvador Córdoba, obra sólida y brillante que está ya impresa y que circulará dentro de pocos días; el desgraciado joven esperaba con ansia ese su primer libro, escrito con tanto cariño y después de tantos estudios en archivos y bibliotecas, y es supremamente doloroso que la suerte haya burlado esa ilusión.

Una cruel pulmonía ha acabado con todas esas justas esperanzas, y ha llevado a la tumba a ese joven privilegiado, caballero completo que tenía no sólo un cerebro excepcional sino también un corazón de oro.

Sus exequias se verificarán hoy a las 9 a. m. en la iglesia de la Capuchina; *El Tiempo* invita a ellas a todos los que quieran rendir un último tributo al malogrado joven, para cuya familia, especialmente para su padre y hermanos, enviamos nuestro pésame más sincero y sentido.

(“*El Tiempo*,” número 3197. - Agosto 16 de 1920.)



Pésame

Ayer, ante muy numerosa y selecta concurrencia, se verificaron, a las nueve de la mañana, en el templo de San José, las exequias por el joven literato don **Alejandro Mesa Nicholls**, fallecido después de cuatro días de una violenta pulmonía.

Mesa Nicholls ocupaba ya en las letras nacionales el puesto que merecían su talento, su consagración, su originalidad y sus aptitudes todas, que nos lo mostraban como una verdadera realidad en todos los campos en que alcanzó a aparecer. Vigorosa, su pluma dejaba ya una estela en las letras nacionales.

Hizo ensayos en diversos ramos y saboreó en todos ellos el triunfo y se fortificó la esperanza de que llegaría muy alto.

Su drama *Nubes de Ocaso* le valió el más ruidoso triunfo. En la escena del Municipal se representó esta obra en muchísimas ocasiones, siempre ante un numeroso e inteligente público, que lo aplaudía, no ya como estímulo, sino para manifestar su agrado y aprobación por el trabajo activo y brillante de esa joven cabeza que lo creó.

La Sociedad de Autores de Colombia abrió en años pasados un concurso internacional para premiar la mejor obra que se presentara. Mesa Nicholls logró el primer premio con su tragedia *Laurio Candente*, de positivo calor escénico, artístico y literario. El estreno del drama *Aban-*

done, salido de la misma pluma, valió a su autor un tercer completo triunfo. Esta enumeración ligera de sus buenos éxitos muestra las capacidades del extinto. Con su muerte pierden las letras nacionales una de sus mayores esperanzas.

La biografía de su bisabuelo el Coronel Salvador Córdoba, que aparecerá dentro de pocos días, fue la obra póstuma y acabada de **Mesa Nicholls**. En ella se ven sus conocimientos históricos. Da tristeza pensar que no alcanzó a saborear este nuevo positivo triunfo.

El drama en verso *Los Conquistadores*, del que conocemos trozos, es un esfuerzo inmenso de versificación y valor histórico.

Nosotros nos asociamos de todo corazón al duelo causado por su fallecimiento y enviamos a sus deudos la expresión más sincera de profundo pesar.

(“*El Nuevo Tiempo*,” número 6,323. - Agosto 17 de 1920.)



Con general y vivo sentimiento ha registrado la sociedad bogotana la prematura desaparición del joven e inteligente dramaturgo y literato señor don **Alejandro Mesa Nicholls**, cuyos talentos empezaban a dar magníficos frutos, tales como *Nubes de Ocaso* y *Golondrina Errante*, piezas que el público aplaudió con entusiasmo cuando fueron puestas en escena. **Mesa Nicholls** tenía otras obras de mérito ya terminadas, tanto de teatro como de poesía, y auguraba, por lo que de él se conoce, llegar a ocupar un puesto sobresaliente en el parnaso nacional. Deploramos de corazón su muerte y enviamos a su familia el más sentido pésame.

(*Sur América*,” número 1,411 - 19 de agosto de 1920.)

Divagación sentimental

POR ALEJANDRO MESA NICHOLLS

15 de agosto. Es la una de la mañana. Alejandro ha muerto: y cuando tras una dolorosa y amarga agonía, piadosamente cierro sus ojos, mi espíritu inconforme y no resignado, en un grito de dolor se revela con angustia para decir con el poeta: "¡Oh Dios bueno, no seas malo!"

Mi alma sensibilizada hasta la más profunda fibra reproduce momento por momento aquel crimen de la muerte o de la vida.

(Una de tus hermanitas, Alejandro, amorosamente ensortijaba tus cabellos entre sus dedos finos y pálidos, y sobre tu melena caían sus lágrimas, en paz, como un riego de vida, que no te la pudo dar.)

¡Cómo aquel nido de ensueños y de versos languidecía así, entre la misma calma de su vivir sereno, y sin piedad se iba de su casa mimada y mimosa como una novia!

Fuera mi espíritu (ahora anestesiado) capaz de decir todo lo que el suyo alentaba; dejárame este lloro interior, hablar siquiera del amigo que más sabía serlo, para callar con más amor, para dejar decir a otros del poeta franco y sonoro que iba con él. Necesito un poco de ese olvido que da el tiempo, amo y señor de la tristeza.

(No sé por qué extraña asociación de dolor has estado conmigo, en estos días enfermos. Tizasa, panida trece que también te nos fuiste cuando apenas remontaba el sol. A ti, que eras mefistofélico, te hubiera enseñado, Alejandro, el verso de todo amor, de San Francisco de Asís.)

16 de agosto. Son las once de la mañana. Alejandro está ya en el eterno descanso.

Como el alma se llena de toda emoción, vaga la mía sin saber adónde ir, y como en el primer momento de la esperanza muerta vuelve a gritar con grito de dolor: "¡Oh Dios bueno, no seas malo!"

R. JARAMILLO ARANGO.

(*"El Espectador"* número 3,178. - Agosto 16 de 1920.)

Mesa Nicholls

Escribimos estas líneas no repuestos aún de la inmensa conmoción que a nuestro espíritu llevó la cruel y definitiva partida de Alejandro Mesa Nicholls, predilecto amigo nuestro, laureado dramaturgo, literato de alta valía.

¿Qué hemos de decir, cuando diestras y eruditas plumas ya han hecho el férvido elogio de sus méritos auténticos y han rendido brillantemente el homenaje debido a esa memoria ejemplar y venerada?

No una lisonjera esperanza sino una fuerte y hermosa realidad es la que ha ido a perderse para siempre en las sombras del misterio tan profundo y tan martirizante. Porque la vencedora mentalidad de Alejandro y sus secretas energías que enaltecieron su labor, robustecían el prestigio de las letras colombianas. Porque su ordenada actividad intelectual le permitió alcanzar el fresco laurel del triunfo y de la admiración más entusiastas. Porque supo imponerse.

Sus cortos años no impidieron que pudiera descender al corazón humano y conocer las recias tempestades que en él se agitan. De ahí que en sus producciones se hallen pedazos de lo más intenso de la vida y se copien sentimientos que sólo pueden conocerlos quien los analiza y los estudia.

Bien comprendió Alejandro que la más preciada y rara virtud del escritor es la sinceridad. Del aroma de ella están impregnadas sus obras, y eso es lo que les ha asegurado la vida del éxito indestructible.

Las ideas y el sentimiento fluían libres, espontáneas de su cerebro y de su alma, y su pluma exquisita y galana sabía convertirlos en raudales de luz y de belleza.

El, que venció gallardamente en torneos de arte y de talento, no pudo servirse de sus finas armas para luchar contra la muerte. Esta, como envidiosa de sus glorias, quiso impedir que cosechara más, y traidoramente le asestó el último golpe cuando, apoyado en su fecunda juventud, empezaba a escalar la cumbre de un risueño porvenir.

Su recuerdo no será brisa fugaz para quienes conocimos los grandes tesoros de su alma y las espléndidas fuerzas de su inteligencia. Nuestro afecto, nuestra amistad, nuestro corazón, serán centinelas de su tumba tan temprana, tan terrible, tan inesperadamente abierta.

MANUEL ALBERTO VERGARA.

Alejandro Mesa Nicholls

Era como una adivinación del Destino aquella extraña melancolía.

Silencioso, solitario, taciturno, apenas si se franqueaba a un grupo restringido y cordial de amigos en inolvidables horas de confianza.

¡Y era de oírsele entonces! Aquel muchacho que procuraba pasar inadvertido, porque su selección espiritual lo inhibía para las actitudes de espectáculo, se adueñaba entonces de todas las voluntades.

Y hacía la revelación de sus sueños. Sueños blancos de adolescencia, sueños azules de ensueño, sueños rojos de triunfo. Porque él creía en el Arte, y en el Arte confiaba. Era un fervoroso creyente de Nuestra Señora la Belleza, y en sus altares ofició con manos pulcras, y en el ara colocó su propio corazón, como ofrenda votiva.

Tenía derecho a soñar. Tenía derecho a esperar. Entre los intelectuales jóvenes de Colombia su puesto era en primera fila. Había segado en muchos campos, y ya era abundante la cosecha; en el campo histórico, en donde se reveló como un investigador inteligente y discreto; en la dramaturgia, en donde su nombre había sido pregonado por claros clarines; en la poesía, en donde el cortejo de las nueve hermanas trenzaba guirnaldas para su frente...

Y ahora el poeta ha muerto. El sonriente panorama de su futuro se oscureció cuando apenas clareaba el alba. Sus ojos se cerraron cuando todavía no acaban de extasiarse ante las rosas de la vida.

! Mejor así, talvez! No supo de las espinas del rosal, que hubieran destrozado sus manos de niño.

Y como un niño se ha dormido, y como a un niño lo ha recibido en su seno la tierra, que mañana nos devolverá en flores los sueños que no se realizaron y las estrofas que no alcanzaron a brotar . . .

(*"El Espectador,"* número 3,172 - Agosto 16 de 1920.)

Alejandro Mesa Nicholls

Bajo la más dolorosa impresión damos cuenta de la muerte prematura de este ineligente joven, que cierra los ojos a la vida cuando tenía ante sí un porvenir brillante. Mesa Nicholls era un intelectual de finos quilates: poeta y dramaturgo originalísimo, que supo aunar a sus raras dotes de artista un espíritu estudioso y reposado. Sus dramas *Nubes de Ocaso*, *Lauro Candente* y *Abantono*, lo colocaron en primera fila entre los dramaturgos nacionales.

Sobre la sepultura del apolonida *Gil Blas* coloca un gajo de laurel y riega las flores de su cariñoso recuerdo.

(*"Gil Blas,"* número 2,603 - Agosto 16 de 1920).

Rionegro 26 de febrero de 1891
Bogotá 15 de agosto de 1920

INDICE

	Págs.
Proposición aprobada por la Cámara de Representantes. . .	3
Proposición aprobada por el Concejo Municipal.	4
Proposición aprobada por el Concejo Municipal de Río- negro	5
Proposición aprobada por la Academia Nacional de His- toria.	6
Proposición aprobada por el Círculo de Bellas Artes. . .	7
Proposición aprobada por la Asamblea de Estudiantes. . .	8
Proposición aprobada por la Sociedad de Autores.	9
Discurso de D. Antonio Alvarez Lleras	10
Discurso de D. Rafael Bernal Jiménez	15
Discurso del señor Humberto Soto S.	19
La muerte del poeta, Luis López de Mesa.	21
«Juventud,» por Antonio Gómez Restrepo	23
Por un felibre, Abel Marín.	26
Discurso del doctor Eduardo Guzmán Esponda.	28
Mesa Nicholls, por L. Flórez Alvarez	33
Alejandro Mesa Nicholls, por G. Camacho Montoya.	35
Salvador Córdoba, por G. C. M.	38
Por el poeta muerto, C. Pérez Amaya.	40
La desaparición de Alejandro Mesa Nicholls, por P. M. V. .	43
Alejandro Mesa Nicholls, <i>El Tiempo</i>	46
Divagación sentimental, R. Jaramillo Arango	50
Mesa Nicholls, por Manuel Alberto Vergara.	51
— — — <i>El Nuevo Tiempo</i>	48
— — — <i>Sur América</i>	49
— — — <i>El Espectador</i>	53
— — — <i>Gil Blas</i>	54

Señor doctor

D^o Roberto Romero de

Mede